

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El sitio de Tremecén

Mi amigo Octavio, oficial de spahis, me dijo un día:

—¿Quieres acompañarme mañana a cazar?

—Con mucho gusto—le respondí.

El día siguiente al amanecer salimos de Tremecén dejando á la izquierda la ciudad, que se extiende en forma de anfiteatro sobre un monte escarpado y cónico, enlazado con otras colinas que alcanzan sus cimas subiendo hasta perderse en el Atlas.

Una franja de color rosado, precedida de tenues vapores blancos que presagiaban un día caluroso, se desvanecía en oriente, y millares de brillantes gotas de rocío, cayendo de las hojas de los árboles ó adornando como perlas las yerbecillas, llenaban el ambiente de frescor embalsamado con ricos perfumes.

El mundo había arrojado el sueño de la noche; las aves saludaban con sus cantos á la aurora, y bandadas de cigüeñas, á las que se había adelantado el muezin, más madrugador que ellas, revoloteaban sobre los alminares lanzando alegres chillidos. La frescura del aire, el brillo del rocío, el suave color de las flores, los perfumes que de todas partes se exhalaban, el zumbido armonioso de los insectos al agitar sus alas, toda la naturaleza en fin, graciosa y adornada, que sonreía como una virgen cuyos ojos vierten lágrimas de alegría, me exaltaba, embriagaba y me inundaba en suaves é inexplicables sensaciones. Aspiraba con deleitoso afán el ambiente balsámico y nadaba sensualmente en aquella atmósfera de flores y aromas que el astro de fuego iba á disipar con su soplo devorador.

La campiña resplandeció con fulgor deslumbrante al asomar los primeros rayos del sol: parecía que las llanuras y colinas estaban sembradas de diamantes; las hojas se estremecían de placer, y las flores abrieron sus corolas para recibir el primer beso del astro vivificador.

Pero este estado de magnificencia y bienestar fué poco duradero; el globo de fuego cruzó las orgullosas cimas del Atlas, se arrojó repentinamente sobre la llanura é inundó cielo y tierra de torrentes de luz. El aire perdió su

frescura, desaparecieron los diamantes sembrados por la noche; las flores, como abrasadas por besos de fuego, cerraron sus pétalos para custodiar su perfume; las hojas volvieron á caer marchitas sobre sus tallos; las aves se refugiaron en los barrancos más sombríos; calló el zumbido de los insectos y sólo se oyó el rumor de nuestros pasos sobre la arena.

Después de recorrer la vertiente de Terny llegamos á Mansourah, donde habíamos decidido hacer alto. El calor era sofocante.

El Mansourah ó literalmente «de la victoria», es un vasto territorio sarraceno que se remonta á una época muy remota. Sus murallas, sólidamente construídas, de ocho metros de altura y tres de espesor y adornadas de almenas y torreones, encierran una superficie de cerca de trescientos mil metros; el tiempo no ha dejado aún impreso en ellas su sello destructor, y la hiedra, asilo de mirlos y estorninos, las tapiza con un verdor permanente sobre el color dorado que da un sol siempre ardiente á los monumentos de piedra. Sólo se ven dos puertas que caen al norte y al mediodía.

En medio del inmenso recinto, cubierto de una vegetación rica y vivaz, se alza una mezquita, la mitad en pie y la otra mitad en escombros. La cúpula elegante y altiva, el alminar esbelto, cuya aguja taladra el firmamento y toda la

parte interior, están intactos, y parecen recién construídos, en tanto que la parte posterior no es más que un montón de ruinas. La separación es tan notable que cualquiera creería que era debida á uno de aquellos fabulosos mandobles con que las espadas de los antiguos paladines cortaban de un tajo los montes.

La arquitectura de los vestigios del monumento es sarracena; presenta en su ornamentación el pintoresco y paciente trabajo que sabe transformar las piedras en encajes; por todos lados se ven festones tan delicados que parece que van á quebrarlos el soplo de los vientos, arabescos caprichosos y fantásticos que desde las columnas y pilastras se encaraman hasta las cornisas, y cornisas en los arcos que sostienen la cúpula y la enlazan con repliegues extraños y complicados.

Plantas parásitas han invadido los encornisamentos donde ostentan su verdor matizado y sus formas caprichosas. La adelfa, el madroño, el cactus, el lentisco, el mirto y los arbustos más preciosos y variados, entre los cuales brillan flores silvestres, llenas de perfume y colores, forman en derredor de la mezquita deliciosos jardines; pero tened cuidado de penetrar en ellos, pues tan hermosos albergues encierran huéspedes peligrosos, serpientes, culebras, escorpio-

nes, lagartos y otros mil repugnantes reptiles.

No lejos de las ruinas brota una fuente clara y fresca en medio de un césped matizado de lindas florecillas; le hacen sombra una enorme higuera y algunas palmas; convólulos y clemátidas abrazan con su flexible tallo el tronco de la higuera y van á enlazar sus ramas, desde donde el soplo de la brisa ondea sus guirnaldas de campanillas azules y encarnadas. Este sitio está impregnado de una frescura cuyo encanto se aprecia doblemente bajo los rayos de fuego que lanza el sol desde el firmamento.

Cuando llegamos á la fuente, un árabe estaba haciendo sus abluciones, lo cual nos puso de mal humor.

—¿Por qué enturbias, infiel,—dijo mi compañero,—el agua que ha de apagar nuestra sed?

—Compañeros y amigos—respondió el hijo del profeta—dignáos perdonarme; si yo hubiera llegado á prever que caballeros tan distinguidos habían de venir á descansar aquí para evitar el calor, hubiese bajado á la corriente.

Dijo, y salió del agua.

Mi amigo no tenía intención de molestar al pobre árabe, pues era muy bien educado para hacerlo, y al verle tan atento y humilde, trató de enmendar su intempestiva dureza, y le invitó á participar de nuestras provisiones luego que

hubiera acabado de cumplir con sus deberes religiosos.

Mientras esperábamos al convidado y Octavio refrescaba el hocico y los ojos de nuestros perros con una esponja empapada en agua, yo puse en la corriente los frascos que contenían el vino y el aguardiente, y después extendí nuestras provisiones de boca debajo de la higuera donde, nos sentamos protegidos por su ancho y espeso ramaje.

No tardó en llegar el árabe, pero como fiel observador de las leyes del Corán y de la sobriedad, no quiso comer más que un pedazo de pan acompañado de otro de queso que no aceptó hasta que hubo preguntado si contenía manteca de cerdo.

Terminada la comida encendimos las pipas.

—¿Cómo te llamas?— pregunté al africano.

—El Adj-Ben-Alí—me respondió.

—¡Ah!—dije yo—¿eres un notable peregrino de la Meca? Si no me engaño, El-Adj es un título de nobleza que has ganado con tu visita al sepulcro del profeta.

—En efecto.

—¿Cuál es tu estado?

—Soy taleb.

—Tanto mejor. Ya que eres un sabio, pues si no me equivoco, taleb significa

literato y erudito, debes saber la historia de esa mezquita arruinada.

—Ciertamente, la sé, muchas veces la cuento á los hijos de nuestros desiertos para demostrarles el poder de Dios en su bondad así como en su cólera.

—En ese caso, reúne tus recuerdos, y cuéntanosla si te place como lo haces á tus correigionarios, pues estoy muy deseoso de escucharla.

—Voy á satisfacer tu curiosidad.

Después de haberse arrellanado sobre el césped, El-adj-Ben-Alí se pasó la mano por la frente como para refrescar la memoria, aplicó sus afilados dedos sobre la espesa y lustrosa barba, y después de haber chocado tres veces su paladar, según acostumbran los árabes antes de principiar un discurso, dijo así:

—«¡Beckri! ¡beckril! ¡beeeckril! ¡Hace mucho tiempo! ¡mucho tiempo! ¡muchísimo tiempo!, un sultán del Sodán que abrigaba la pasión de las conquistas cruzó el desierto, invadió este territorio, que los cristianos llamáis la provincia de Orán, y vino á acampar en el mismo paraje donde nos hallamos.

»Aquel sultán mandaba un ejército numeroso y formidable, y tenía intención de rendir á Tremecen, ciudad en aquel entonces considerable y rica donde prosperaban el comercio y las artes.

»Pensaba añadir casi sin resistencia este hermoso diamante á los demás flo-

rones de su corona, pero se frustraron tan halagüeñas esperanzas, pues sus ataques fueron rechazados con vigor y se vió obligado á poner un sitio formal.

»Tremecén era en aquella época formidable por sus murallas y estaba bien custodiada; así lo demuestran las antiguas puertas y los restos de las fortificaciones que se alzan en el día á dos kilómetros de sus muros. No había doblegado aún la cerviz bajo el yugo de ningún vencedor; la llamaban la Virgen, y su reputación, al mismo tiempo que inspiraba gran confianza á sus habitantes, redoblabá su valor.

»De modo que todos los esfuerzos del sultán se estrellaban contra la energía de los sitiados y contra los peñascos que sirven de pedestal á la ciudad.

»Conociendo el sultán la superioridad de sus adversarios, resolvió rendirlos por hambre, con cuyo objeto puso un bloqueo riguroso.

»Pero no por eso dejó de temer que se hiciese esperar la capitulación, y con la idea de evitar las sorpresas enemigas, se atrincheró en su campamento del modo formidable que aún estáis viendo.

»Los sitiados seguían tan animosos como si tuvieran expeditas las comunicaciones, y todas las noches se oía en la ciudad el sonido de las flautas y tambores anunciando que se entregaban al júbilo y á las diversiones.

«Hacia un año que duraba el bloqueo, y el sultán no había adelantado un paso en su conquista, de modo que empezaba á fastidiarse, y con frecuencia iba acompañado de una corta escolta á situarse en la cima de un peñasco que dominaba la ciudad, desde donde, lanzando sus ojos hacia el objeto que codiciaba, examinaba los progresos de sus operaciones.

»Estas visitas le daban á veces terribles tentaciones de levantar el campo, y sin duda alguna hubiera tomado este partido á no haber mediado una rara circunstancia.

»Un día, hallándose en su punto de observación más desanimado que nunca, vió de pronto á cien palmas debajo de él, al través del espejo ramaje de un bosquecillo de mirtos y adelfas rodeado de peñascos, una hermosa jóven sin velo que jugueteaba alegremente con un enorme león. El formidable animal se sometía á todos los caprichos de la graciosa niña, y se alejaba y volvía, obedeciendo su voz como un manso perro.

»La hermosa y el león formaban un cuadro delicioso de maravillosa originalidad; era muy interesante en efecto aquella intimidad que formaba la alianza de la gracia y la fuerza.

«El sultán lleno de admiración y temor, los miraba sin atreverse á moverse ni á respirar; un encanto inexplicable le sojuzgaba, y temía que su presencia des-

vaneciéra tan graciosa y terrible aparición.

«La hermosa joven dijo de pronto á su compañero de diversión:

»—¡Cómeme!

»El monstruoso animal abrió sus fauces inmensas, dejó ver sus horribles dientes, y ella hundió sonriendo su lindo brazo desnudo en el espantoso orificio.

»El sultán, vencido por el terror y creyendo ver á la encantadora jóven devorada por la terrible mandíbula, no pudo contener un grito que hizo volver la cabeza rápidamente á la niña, la cual, más asustada que el indiscreto, se cubrió con su velo y montó sobre el león que la llevó asida á sus melenas hacia una poterna con la velocidad de un caballo á galope.

»Abrióse la poterna, entraron por ella los dos fugitivos, volvió á cerrarse y desapareció la visión dejando extático al sultán.

»Hubiera creído este que aquello era un sueño si uno de sus tenientes, que permanecía con respeto algunos pasos detrás de él y que había presenciado también la maravillosa aventura, no lo hubiese afirmado.

»El sultán volvió á su tienda locamente enamorado.

»Incesantemente le perseguía la encantadora visión, y ya no pensaba en levantar el sitio, sino que por el contrario

anhelaba conquistar á Tremecen á cualquier precio, y juró que la conquistaría aunque debiese pasar muchas lunas delante de sus puertas.

»Deseando entonces granjearse el omnipotente apoyo de Alá, imaginó mandar construir en su campamento una mezquita que sobrepujase en magnificencia á los más preciosos edificios de su clase, á donde los fieles irían todos los días á implorar el auxilio de Dios y del profeta.

»Apenas concibió este designio cuando lo publicó mandando que se presentasen en su tienda todos los artífices capaces de ejecutarlo.

»Se presentaron dos arquitectos, uno moro y otro israelita, y cada cual presentó su plan. El sultán examinó los dos y los juzgó necesarios para la construcción de la mezquita, mandando al árabe que edificase la parte anterior y al judío que se encargase de la otra parte, y añadiendo que uno y otro serían remunerados según su trabajo.

»Los arquitectos pusieron manos á la obra, y ayudados por millares de trabajadores, el edificio se alzó como por encanto. Aún no habían transcurrido diez lunas y la mezquita estaba ya terminada. Vióse entonces su cúpula de forma esferóidea desprenderse vaporosa hacia el azul del cielo, y perderse en el espa-

cio su alminar de ocho caras, bordado de finos encajes de piedra.

»Era una obra de arquitectura magnífica, adornada con todas las coqueterías del arte: dos filas de columnas suntuosas ceñían el semicírculo con un cinturón de pórfito, y ligeras pilastras de jaspe incrustadas de oro y cubiertas de adornos sostenían una elegante cornisa de mármol verde que rodeaba todas las paredes. El edificio resplandecía interior y exteriormente con cinceladuras delicadas, graciosos y multiplicados dibujos y ornamentos que parecían salidos de manos de las hadas. Nada se había omitido para hacerlo digno del sagrado objeto á que estaba destinado, y sus restos demuestran su primitivo esplendor.

»El sultán inauguró la mezquita con gran pompa, acompañado de los marabuts, derviches, imanes, muezines y jefes del ejército. Seguíanle también los dos arquitectos, orgullosos de su obra. El sultán quedó maravillado de las bellezas del conjunto y de los detalles del edificio, y deseando manifestar su satisfacción al arquitecto musulmán después de la ceremonia, se volvió, y viendo al judío al lado de su compañero, frunció los cejas y sus labios palidieron de cólera.

»—Estoy contento de tu obra—dijo al moro.

»Y mandó que en el acto le entrega-

sen un gran número de bolsas como recompensa prometida á su genio.

»Después se volvió hacia el judío, que gozoso palpaba con ávidos ojos el oro de su colega y esperaba igual munificencia, y añadió:

»—En cuanto á tí, infiel, que has osado mancillar con tus pies profanos el santuario al consagrarlo á sus piadosos usos, mereces el último suplicio, y debiera arrancarte ahora mismo la vida, pero estoy satisfecho de tu trabajo y te permito una probabilidad de salvación. Van á encerrarte en el alminar, y arréglate como puedas para salir pronto, pues ¡por el profeta! que caerá tu cabeza si estás aún allí cuando la luna muestre su creciente.

»Semejante probabilidad era una irrisión. El pobre israelita fué conducido al angosto balcón del muezin, y cerraron la puerta con sendos cerrojos.

»Al mirar desde aquella altura en el espacio, los hombres le parecían enanos, y se convenció al instante de que no teniendo alas como las aves no había medio de arrojarse desde el alminar sin hacerse pedazos; es preciso confesar que no se necesitaban grandes esfuerzos de inteligencia para sacar esta conclusión.

»El hijo de Jacob no se entretuvo en meditar acerca de la extraña recompensa que recibía por su trabajo, y ayudado por su ingenio, suplicó que le traje-

sen plumas, cañas, cera, alambre y todo lo que necesitaba para fabricar unas alas. Cuando llegó la noche, un poco antes de aparecer el disco lunar, estaba terminado su aparato locomotor.

»Se lo ató á los hombros y se lanzó al espacio.

»Durante algunos segundos se sostuvo volando de un modo grotesco, pero siendo las alas demasiado débiles para sustentar el peso de un hombre, y por otra parte mal construídas, se desarreglaron, y el desventurado judío cayó cerca de aquí, en ese barranco, donde se rompió el cráneo.

»Su último grito fué una imprecación contra Alá y contra el profeta.

»Apenas exhaló la blasfemia, oscurecióse el cielo, tembló la tierra, el rayo surcó las nubes y cayó con estruendo sobre la parte del templo construída por el hebreo, la cual, separada de la otra con violencia, se desplomó en un instante, y ambas han quedado al través de los siglos, la una en pié y la otra destruída, para probar que Alá, cuyo poder es infinito, extenderá siempre su protección sobre las obras de los verdaderos creyentes y destruirá las de los infieles.

»La hermosa doncella, de quien se había enamorado el sultán, se llamaba Djiri, y era hija de un rico comerciante llamado Bas-el-Lain. Decían que estaba

inspirado por Alá, y habían originado esta creencia su extraño carácter y sus singulares hábitos.

»Siendo Djiri aún muy niña, un día su hermano Bas-el-Lain le trajo un león de leche que ella crió con solícito cariño, y la niña y el rey del desierto crecieron unidos por un afecto mútuo é inalterable, con el afecto que enlaza la inteligencia con la fuerza. Y este cariño era tan intenso, que el león parecía estar celoso de su compañera. Durante el día no se separaba de ella y por la noche se echaba á la puerta del harem. Al verle seguir á su tierna ama, recostarse á sus pequeños piés y lamérselos, saltar gozoso en torno de ella, suavizar su mirada, dilatar sus narices y estremecerse de placer cuando le acariciaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de ella. Nunca los caprichos despóticos de la niña le excitaron ni aún asomos de ira.

»Djiri, hija mimada de su padre, que la dejaba segura bajo la custodia del león, gozaba de la mayor libertad, vagaba por todas partes seguida de su centinela, y con frecuencia saltaba sobre el lomo del gigantesco animal, se asía de sus largas crines, y el león la llevaba con velocidad, ya al través de los bosques, ya al desierto, ó bien á las orillas de uno de esos lagos de cristalinas y profundas aguas, redeados de verdes árboles y reflejando en las ondas la

luz deslumbradora del sol, que les dan el aspecto de una inmensa lámina de oro circundada de esmeraldas.

»La débil niña veía temblar y huir á hmobres y animales, y yacía en la soledad más profunda. Si el simoun ahogaba, su montura inteligente la llevaba á la margen del agua. Djiri, vencida por el cansancio y el calor, se recostaba en el césped á la sombra de los azufaifos; la brisa del lago la abanicaba con su sople embalsamado, y no tardaba en cerrar sus largos párpados, mecida por el blando murmullo de las ondas que espiraban en la arena y por el canto del bulbut colgado de las ramas de un limonero.

»El león se sentaba á su lado después de haber apagado su sed, y velaba su sueño, y cuando se acercaba el crepúsculo la llevaba otra vez á su casa.

»Djiri se desarrolló en medio de esta vida activa, y con el contacto de una naturaleza virgen, embellecida con todos los encantos y embalsamada con todos los perfumes nativos, adquiriendo una imaginación robusta y espléndida; y aunque había conservado su carácter dulce y generoso, alcanzó al mismo tiempo que las gracias corporales y la perfección de las formas, una energía y un vigor que parecían emanados del león. Bajo su exterior delicado y gracioso había una alma de buen temple y sus

miembros de niña ocultaban nervios semejantes á resortes de acero.

»Se había acostumbrado de tal modo á sus paseos lejanos, que el bloqueo de la ciudad le causaba el mayor pesar, y era para ella una dolorosa privación no poder recorrer los bosques donde los naranjos sacuden su cabellera de nieve perfumada, ni respirar el fresco delicioso de los oasis tras una rápida carrera por la arena abrasadora, ni ver huir aterrados al leopardo y la pantera, ni bañar sus piés en las aguas cristalinas de los lagos que le servían de espejos, ni subir las escarpadas faldas de los montes arrebatada por su rápida montura, ni coger flores silvestres en las cimas de los collados.

»El león parecía igualmente cansarse de la vida retirada que le había impuesto el enemigo, lo cual expresaba con espantosos mugidos; de modo que por no perder enteramente sus hábitos, cuando su hermano estaba de guardia en la poterna que cafa á espaldas de la ciudad, Djiri iba á pasearse al bosquecillo rodeado de peñascos donde el sultán la sorprendió para mayor desgracia de de los sitiados.

»Este acontecimiento obligó á la joven á renunciar á sus ya limitados ejercicios.

»En tanto el sultán seguía empeñado en rendir á Tremecen; pero sus previ-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

siones sobre una rendición tardía se realizaban por su desgracia, pues hacía siete años que estaba bloqueada la ciudad, y á no ser por el amor que le había detenido tanto tiempo, hubiera abandonado un sitio tan poco afortunado, durante el cual se habían rebelado varias veces sus tropas, privadas de todo lo necesario y deseosas de regresar á su patria.

»Por otra parte, los sitiados continuaban defendiéndose con heroísmo: aunque el monstruo de la miseria empezaba á extender sus garras de acero y les diezmaban toda clase de enfermedades, conservaban su energía, y para ocultar su triste situación hacían resonar con más ahinco y alborozo sus flautas y tamboriles.

»No obstante, llegó un momento en que la calamidad fué insufrible, y el hambre devoraba todos los estómagos y la desesperación bramaba en todos los corazones. Era general la consternación; los infelices bloqueados se arrastraban por las calles lívidos y flacos como espectros. Tremecen no podía resistir más.

»Reuniéronse en consejo los talebs, los santos marabuts y los ancianos.

»Estaban deliberando acerca de los medios de rendir la plaza en condiciones menos desventajosas, cuando se presentó en el consejo Djiri con los ojos

azorados, la boca contraída, los cabellos en desorden, pero hermosa de indignación, y les dijo con voz inspirada:

»—Sé que os habéis reunido para tratar de la rendición de la ciudad. ¿Cómo habéis podido concebir la idea de semejante cobardía siendo tan sabios y experimentados? ¿Acas por conservar vuestra vida? Si os halláis en el último invierno, si mañana bajaréis quizás al sepulcro ¿qué os puede importar la existencia? ¿Lo hacéis por el interés de vuestros hijos! Pensad que váis á hacerlos esclavos de despiadados vencedores, enconados con la tenaz resistencia. ¡Como! ¿permitiréis que vuestras hijas y esposas sirvan de instrumentos de placer al enemigo? Nó, no lo queréis, es imposible que accedáis á tan doloroso sacrificio. Sería un crimen odioso que mancillaríais vuestra memoria, porque imprimiría sobre la frente de vuestra descendencia el sello de la infamia. No admitís á las mujeres en el consejo, pero escucharéis la voz de Djiri, pues sus palabras vienen del cielo, y Dios que la inspira la envía á vuestra presencia.

»Este discurso produjo profunda impresión en la asamblea; se veneraba á Djiri como inspirada y sus palabras tenían un tono patético, pero la miseria era tanta y tan imperiosa que los más animosos vacilaban.

»La joven añadió al ver su irresolución:

»— Tened paciencia durante tres días y os respondo en nombre del Altísimo y de su profeta, que hablan por mi boca, de que, pasado este plazo, el enemigo alzará sus tiendas y desaparecerá por fin en los confines del desierto.

»El plazo reclamado por Djiri era tan corto que accedieron á sus deseos.

»La santa y patriótica joven empezó entonces á recorrer la ciudad en busca de un becerro; pero como hacía mucho tiempo que en Tremecen se habían comido los caballos, los perros y los ratones, y devoraban ya el cuero de las botas y las suelas de las babuchas, el único animal vivo era el león de Djiri que subsistía á expensas de los numerosos cadáveres humanos insepultos y porque nadie se atrevía á acometerlo, de modo que la joven tenía poca probabilidad de hallar el objeto que buscaba. No obstante, guiada sin duda por la Providencia, llegó á descubrir un becerro muy gordo que ocultaba un viejo avaro.

»Se llevó á su casa el animal, después recorrió la ciudad recogiendo los granos de cebada y de trigo olvidados en la rendijas de los muebles que lo habían contenido, los puso á remojo para que adquirieran mayor volumen, se los hizo tragar al becerro sin que los mascase, y sacándolo fuera de las murallas,

lo ahuyentó hasta un prado inmediato.

»Los sitiadores descubrieron sin tardanza el precioso animal, que se apresuraron á enviar al sultán, quien, tan asombrado al ver semejante muestra de las subsistencias de la ciudad bloqueada como gozoso de poder regalarse con carne fresca, mandó que lo matasen al instante en su presencia. Pero llegó al colmo su sorpresa cuando al abrir el estómago del becerro salieron en gran cantidad granos de cebada y de trigo hinchados, lustrosos y de color de oro.

»Todos los circunstantes experimentaron igual sorpresa, y difundieron la noticia que recorrió el campamento con la rapidez del relámpago.

»El descontento general estalló entonces con más violencia que nunca; jefes y soldados dijeron sin embozo y en alta voz que los sitiados no eran tan dignos de lástima como ellos; que indudablemente tenían víveres en abundancia, pues que alimentaban su ganado con provisiones que hubieran deseado poseer los sitiadores, y pidieron con ruidoso clamoreo el regreso á su país.

»El sultán, vencido por la estratagemma de Djiri, dió orden de levantar el sitio, y aquella misma noche empezaron á recoger los bagajes y á partir.

»Dos días después, Tremecen estaba libre de sus enemigos y abría sus puertas en medio de las aclamaciones de la

multitud que se esparció por la campiña, llevando en triunfo á la joven del león.

»En circunstancia tan memorable los ancianos de la ciudad, apartándose de los usos musulmanes, declararon que Djiri ocuparía en adelante un asiento en el consejo, y le concedieron además el derecho de elegir libremente un esposo.

»La joven renunció á tomar parte en las asambleas deliberativas, y únicamente se reservó la segunda concesión. Eligió por consiguiente á Bab-el-Lead, su vecino, joven robusto y valiente que había resistido todos los horrores del sitio, y se celebró la boda sin dilación.

»El sultán, aunque había abandonado el sitio de Tremecen, no renunciaba á su proyecto de apoderarse de Djiri; cuando llegó á la cima de los cercanos montes, confió el ejército á uno de sus tenientes, y volvió atrás acompañado de dos servidores de confianza, disfrazado de joyero y llevando en un cofrecillo todas sus piedras preciosas.

»Ocultó su caballo y su escolta en un espeso bosquecillo inmediato á la ciudad, y en aquel mismo instante, el esposo de Djiri y todos los jóvenes amigos suyos hacían un simulacro de batalla delante de la recién casada, sentada bajo un dosel de verdura y rodeada de mujeres en el bosquecillo de mirtos y

adelfas, donde el sultán la vió por vez primera.

»El fingido mercader se acercó á las mujeres haciendo brillar sus alhajas que fascinaron todas las miradas. Estaban ocupadas en contemplar aquellas maravillas del arte que tan bien les sentarían, y los brazaletes, los collares, los anillos y los pendientes pasaban de mano en mano absorbiendo su atención, cuando aprovechando el momento en que los hombres se habían alejado algunos centenares de pasos continuando su simulacro, el sultán se arrojó como una ave carnívora sobre Djiri, la arrebató con sus membrudos brazos y empezó á correr hacia donde estaba su caballo.

»Y en pocos segundos depositó su presa en el arzón de su silla, montó en su corcel y partió con la rapidez del simoun, seguido de su escolta.

»Los gritos de la desgraciada Djiri hacían llorar los cercanos ecos; las mujeres lanzaban confuso y doloroso clamoreo, y no se acordaban de las joyas que el fingido mercader había dejado en sus manos; los jóvenes volvieron de su estupor profundo y se lanzaron tras las huellas del audaz raptor, pero llegaron demasiado tarde para arrancarle la presa: el sultán se hallaba ya á inmensa distancia y le veían desaparecer entre la nube de polvo que alzaban los pies de los caballos.

»Correr tras él era un acto de locura, pues los jóvenes no tenían monturas. Y además ¿cómo hubieran podido alcanzar el excelente corcel del sultán? Desistieron por consiguiente de una persecución imposible.

»Djiri estaba perdida sin remedio, y su desgraciado esposo, que la amaba con idolatría, se mesaba los cabellos con desesperación.

»Los caballos de los raptos cruzaban el espacio con celeridad prodigiosa; Djiri se había desmayado; el sultán, embriagado de placer y creyendo segura su conquista, había soltado las riendas para estrecharla mejor contra su pecho, é inclinado hacia la joven la contemplaba con delicia, sintiendo en su abrasada frente un suave y fresco aliento y el contacto de los sedosos cabellos que agitaba la brisa. Abismado en su éxtasis le parecía, como en un sueño fantástico en que la dicha presta alas, que recorría el espacio blandamente mecido en una nube de ámbar con los brazos enlazados en una hada.

»Pero se oyó de pronto un espantoso rugido.

»Los caballos se estremecieron al oír este grito formidable, hincháronse sus narices, erizáronse sus crines, y poseídos de loco terror se encabritaron y se entregaron á los movimientos más de-

sordenados, como si la tierra que pisaban sus pies fuera de fuego.

»Los rugidos continuaron, y se acercaron saliendo de una nube de arena que corría como un alud, nube espantosa que iba tras ellos exhalando un estruendo parecido al trueno... Era el león de



»¡Funesto heroísmo! el león salta como un rayo desde el torbellino que le oculta, cae sobre el intrépido amante y le despedaza con frenesí.

Djiri, soltado por Baz el-Lain, y que perseguía á los raptos.

»La gigantesca voz del animal reanima á la joven, que reconociendo á su defensor recobra la esperanza, y el sultán, que teme por la vida de la que ama y quiere defenderla, salta de la silla empuñando el yagatán.

»¡Funesto heroísmo! el león salta

como un rayo desde el torbellino que le oculta, cae sobre el intrépido amante y le despedaza con frenesí. Dirigese entonces con tardo aliento y fruncidas aún de ira las cejas hacia la joven, le presenta su lomo colosal, y Djiri monta sobre el león que la restituye á sus amigos.

»Imposible fuera explicar la alegría que sintieron éstos al ver regresar á la inspirada joven, y todos consideraron su libertad como señal evidente de la protección de Alá.

»Djiri fué desde entonces aún más apreciada, y su esposo la dejó libre en sus acciones y no quiso tomar otras mujeres.

»Ambos fueron dichosos; Alá y el profeta bendijeron su unión.

»El león murió de vejez á su lado».

Calló el taleb. Yo le dí las gracias y le supliqué que viniera á Tremecen á tomar café conmigo con frecuencia, pues deseaba que nuestra amistad no fuese pasajera.

FÍN

INDICE

	Pags.
Buscando habitación	5
El sacanete.	21
Bajo la máscara.	36
La clave del enigma	50
A cara descubierta.	65
De la mano á la boca se pierde la sopa.	82
—	
El sitio de Tremecen.	101

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO HELIO"
 Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO